

Kate Chopin - Un par de medias de seda¹

Kate Chopin

Un día, la pequeña señora de Sommers se convirtió de manera inesperada en la poseedora de cincuenta dólares. Le pareció que se trataba de una gran fortuna, y los billetes que abultaban su viejo monedero hicieron que se sintiera tan importante como no se había sentido durante años.

La cuestión de cómo invertirlos ocupó gran parte de sus pensamientos y, durante uno o dos días, anduvo de aquí para allá en un aparente estado de ensoñación, pero en realidad, estaba perdida entre cálculos y especulaciones. No quería actuar de forma apresurada ni hacer nada que después tuviera que lamentar. Pero fue durante las quietas horas de la noche cuando su mente encontró la manera de utilizar de un modo apropiado y razonable aquel dinero.

Debía agregar un par de dólares al precio que solía pagar por los zapatos de Janie; con este incremento, se aseguraría de que le sirvieran mucho tiempo más de lo que le duraban por lo general. Conseguiría, en cualquier parte, muchos metros de género para hacer camisas cortas nuevas para los varones y, también, para Janie y para Mag. Había intentado remendar las viejas con retazos de seda. A Mag, le hacía falta otro vestido. Ella había visto algunos modelos tan bonitos, verdaderas gangas que ofrecían los escaparates de las tiendas. ¡Y todavía le quedaría lo suficiente para comprar medias nuevas —dos pares para cada uno— que después, con un buen zurcido, se salvarían durante una temporada! También podía conseguir abrigos para los varones y sombreros marineros para las chicas. La visión de su hija menor tan fresca y delicada con ropa nueva por una vez en su vida la animó e inquietó por anticipado.

A veces, los vecinos hablaban de ciertas “épocas mejores” que la pequeña señora de Sommers había conocido antes de pensar en convertirse en la señora de Sommers. Ella, en cambio, no solía complacerse con tales retrospectivas. No tenía tiempo, ni siquiera un segundo, para perder pensando en el pasado. Las necesidades del presente la absorbían por completo. Una visión del porvenir que parecía un monstruo oscuro y escuálido la espantó, pero por suerte, el futuro tardaría en llegar.

La señora de Sommers era alguien que conocía el valor de las gangas, era alguien que podía permanecer horas mientras pugnaba por el objeto deseado que se vendía a bajo costo, alguien que podía abrirse paso a codazos si fuera necesario. Ella había aprendido a tomar un pedazo de género, sostenerlo y aferrarse a él con persistencia y determinación hasta que su turno de ser atendida llegara, sin importar cuánto tardara.

Pero ese día, se sentía cansada y a punto de desfallecer. Había almorzado muy poco... ¡Pero no! Cuando pensó en la comida, se dio cuenta de que mientras había hecho lo necesario para dejar a los niños bien alimentados y en el lugar adecuado, y se preparaba para ir de compras, ¡se había olvidado de comer!

En la tienda, se había sentado en un asiento giratorio que antes había sido de una oficina, mientras intentaba juntar fuerza y valor para circular a través de una multitud ávida que parecía una muralla acosadora, cargada con telas para camisas y césped artificial. De pronto, la acometió un sentimiento de decaimiento y descansó su mano sin propósito fijo en un mostrador. No usaba guantes. Poco a poco, creció en ella la sensación de que su mano había encontrado algo muy liviano, muy agradable al tacto. Así que miró hacia abajo y comprobó que estaba acariciando una pila de medias de seda. A un costado, un letrero informaba que el precio de las medias había rebajado de dos dólares con cincuenta a un dólar con noventa y ocho centavos. En ese momento,

¹ Traducción de Olga Drennen publicada en *The Short Story Project*, tomada de *Cuentos de mujeres por mujeres II*, de editorial Longseller (2005).

Literatura Norteamericana

una chica joven ubicada detrás del mostrador le preguntó si le interesaba ver su línea de calcetería de seda. La señora de Sommers sonrió como si le hubieran pedido que inspeccionara una tiara de diamantes con la idea de comprarla. Pero mientras tanto, continuó sintiendo la suavidad en su piel, sostuvo una media, que tenía el brillo de las cosas lujosas, con ambas manos y después la sintió deslizarse por entre sus dedos como si fuera una serpiente.

De repente, dos manchas de inquietud asomaron en sus mejillas pálidas. Buscó a la empleada.

—¿Puede ser que haya una medida para mí entre estas? —preguntó.

Había muchos tamaños. De hecho, la medida que más abundaba era como para ella. También tenían variedad de colores. Había un par celeste, algunos lavanda, otros negros por completo y varios tostados y grises. La señora de Sommers seleccionó un par negro y lo miró con atención. Fingió estar examinando la textura, de la cual la empleada aseguró que era excelente.

—Un dólar con noventa y ocho centavos —meditó en voz alta—. Bueno, me llevo este par. Dio un billete de cinco dólares a la chica, recibió la factura y esperó por su cambio y su paquete. ¡Qué envoltorio más diminuto! Parecía perdido en las profundidades de su viejo bolso de compras.

Después, la señora de Sommers se apartó de la mesa de las ofertas y tomó el ascensor, que la condujo a un piso superior en el sector de los baños para señoras. Allí, en una esquina apartada, cambió sus medias de algodón por las nuevas de seda que había comprado. No razonó, no pasó por ningún proceso mental ni se esforzó por explicarse el motivo de su proceder. No pensó en absoluto. Por un momento, pareció estar tomando un descanso de sus laboriosas y agotadoras tareas para abandonarse un poco a ese impulso mecánico que dirigió sus acciones y la liberó de responsabilidades.

¡Qué agradable era el contacto de la seda con su piel! Se sintió como reclinada en un sillón mullido y disfrutó durante algún tiempo de ese lujo. Se quedó quieta para disfrutarlo. Después, se puso los zapatos, enrolló juntas las dos medias de algodón y las metió en su bolso. Luego, se dirigió en línea recta a la zapatería y tomó asiento para ser atendida.

Sintió fastidio. El empleado no podría satisfacerla; no podría armonizar sus zapatos con sus medias, y ella no era demasiado fácil de complacer. Levantó su pollera y colocó sus pies de una manera y su cabeza de otra, para poder ver con detenimiento hacia abajo, hacia las tan lustradas botas puntiagudas. Su pie y su tobillo parecían muy bonitos. No podía creer que le pertenecieran y que fueran una parte de ella.

Dijo, a la joven vendedora que la atendió, que quería un calzado excelente y elegante, y no se molestó por la diferencia de un dólar o dos más en el precio cuando consiguió lo que deseaba.

Hacía un largo tiempo que la señora de Sommers no sentía la tentación de comprar guantes. En las raras ocasiones en que había comprado un par, siempre habían sido gangas, prendas tan baratas que habría sido irrazonable esperar que le entraran a la perfección en la mano.

La mujer apoyó su codo en el mostrador del sector de guantes, y una empleada joven y bonita colocó un guante en la mano de la señora de Sommers con un ágil movimiento. Se lo acomodó desde los dedos hasta la muñeca para abrocharlo pulcramente, y enseguida, las dos se perdieron durante un segundo o dos en la contemplación admirativa de la mano enguantada que se veía simétrica y pequeña. Pero había otros lugares donde el dinero podía gastarse.

Había libros y revistas amontonados calle abajo, en la ventana de un comercio, a unos pasos del centro de compras. La señora de Sommers compró dos revistas caras como las que tenía por hábito leer en los días en los que acostumbraba hacer cosas más agradables. Las llevó sin envolver. Al cruzar las calles, levantaba su pollera. Sus medias, sus botas y los guantes dignos operaban a las mil maravillas. Le daban un sentimiento de seguridad, un sentido de pertenencia a la multitud bien vestida.

Sintió mucho apetito. En otra ocasión, habría aquietado los deseos de comida hasta poder saciarlos en su propia casa, donde se habría preparado una taza de té y habría tomado un bocado de

Literatura Norteamericana

algo que encontrara disponible. Pero el impulso que la guiaba no le permitía entretenerse en ninguna clase de especulación.

Había un restaurante en la esquina. Ella nunca había atravesado sus puertas; a veces, desde afuera, había vislumbrado cortinas de damasco limpias, cristales brillantes y el suave andar de los mozos que servían a los personajes de moda.

Cuando entró, su apariencia no creó ninguna sorpresa, ninguna consternación tal como ella había temido. Se sentó sola a una mesa pequeña, y un mozo atento se acercó para tomar su orden al momento. No quiso exagerar en su pedido; se conformó con un plato sabroso: un buen corte de carne con berro, algo dulce, por ejemplo, una crema helada; un vaso de vino del Rhin, y después, una taza pequeña de café negro.

Mientras esperaba que le trajeran la comida, se quitó los guantes con lentitud y los colocó a un costado. Después, tomó una revista y la hojeó mientras cortaba las páginas con un pequeño cortapapeles. Todo era muy agradable. Las cortinas de damasco estaban más limpias de lo que le había parecido a través de la ventana; y el cristal, más chispeante. Había señoras calladas y señores que no la notaron mientras almorzaban sentados a las mesas tan pequeñas como la suya. Podía oírse una agradable música mientras una brisa suave entraba a través de la ventana. Le trajeron su pedido y disfrutó del primer bocado, leyó una palabra o dos y bebió a sorbos el vino ambarino mientras movía los dedos de sus pies dentro de las medias de seda. El precio de la comida le dio lo mismo. Para pagar la cuenta, contó el dinero fuera de la vista del mozo y dejó caer una moneda extra en su bandeja; al ver la propina, el hombre arqueó su espalda frente a ella como si hubiera estado ante una verdadera princesa de sangre real.

Todavía había dinero en su bolso, y su próxima tentación se presentó en forma de cartel de teatro.

Cuando entró, era un poco tarde; la obra había empezado, y la sala parecía bastante llena. Pero había asientos libres aquí y allá; se ubicó en uno de ellos, entre mujeres brillantemente vestidas que habían ido a matar el tiempo y a comer dulces allí. Había muchos otros que estaban en el lugar con el único propósito de presenciar la obra. Está de más decir que ninguno de los presentes pareció molesto por la actitud de la señora de Sommers. Ella prestó atención a todo: al escenario, a los actores y a las personas que disfrutaban del espectáculo, se deleitó con todo. Rió con las alternativas de la comedia y lloró; ella y la mujer ostentosa que estaba a su lado lloraron por el conflicto de la tragedia. Comentaron brevemente la trama. La mujer ostentosa limpió sus ojos, limpió su nariz con un pañuelo diminuto y perfumado, y le pasó su caja de dulces a la pequeña señora de Sommers.

La obra terminó, la música cesó, y la muchedumbre desfiló hacia la calle. Era como un sueño que finalizaba. Las personas se diseminaron en todas las direcciones. La señora de Sommers fue a la esquina y esperó el tranvía.

Un hombre con ojos perspicaces que estaba sentado enfrente de ella pareció disfrutar estudiando la cara pequeña y pálida. Lo confundió descifrar lo que vio allí. Pero en verdad, no pudo haber descubierto nada, a menos que él fuera un mago suficientemente perspicaz para descubrir un deseo profundo, un anhelo portentoso de que el tranvía nunca se detuviera, de que siguiese su marcha y de que ella, ahí arriba, continuara su viaje para siempre.

A Pair of Silk Stockings²

Kate Chopin

Little Mrs. Sommers one day found herself the unexpected possessor of fifteen dollars. It seemed to her a very large amount of money, and the way in which it stuffed and bulged her worn old *porte-monnaie* gave her a feeling of importance such as she had not enjoyed for years.

The question of investment was one that occupied her greatly. For a day or two she walked about apparently in a dreamy state, but really absorbed in speculation and calculation. She did not wish to act hastily, to do anything she might afterward regret. But it was during the still hours of the night when she lay awake revolving plans in her mind that she seemed to see her way clearly toward a proper and judicious use of the money.

A dollar or two should be added to the price usually paid for Janie's shoes, which would insure their lasting an appreciable time longer than they usually did. She would buy so and so many yards of percale for new shirt waists for the boys and Janie and Mag. She had intended to make the old ones do by skilful patching. Mag should have another gown. She had seen some beautiful patterns, veritable bargains in the shop windows. And still there would be left enough for new stockings—two pairs apiece—and what darning that would save for a while! She would get caps for the boys and sailor-hats for the girls. The vision of her little brood looking fresh and dainty and new for once in their lives excited her and made her restless and wakeful with anticipation.

The neighbors sometimes talked of certain "better days" that little Mrs. Sommers had known before she had ever thought of being Mrs. Sommers. She herself indulged in no such morbid retrospection. She had no time—no second of time to devote to the past. The needs of the present absorbed her every faculty. A vision of the future like some dim, gaunt monster sometimes appalled her, but luckily to-morrow never comes.

Mrs. Sommers was one who knew the value of bargains; who could stand for hours making her way inch by inch toward the desired object that was selling below cost. She could elbow her way if need be; she had learned to clutch a piece of goods and hold it and stick to it with persistence and determination till her turn came to be served, no matter when it came.

But that day she was a little faint and tired. She had swallowed a light luncheon—no! when she came to think of it, between getting the children fed and the place righted, and preparing herself for the shopping bout, she had actually forgotten to eat any luncheon at all!

She sat herself upon a revolving stool before a counter that was comparatively deserted, trying to gather strength and courage to charge through an eager multitude that was besieging breast-works of shirting and figured lawn. An all-gone limp feeling had come over her and she rested her hand aimlessly upon the counter. She wore no gloves.

By degrees she grew aware that her hand had encountered something very soothing, very pleasant to touch. She looked down to see that her hand lay upon a pile of silk stockings. A placard near by announced that they had been reduced in price from two dollars and fifty cents to one dollar and ninety-eight cents; and a young girl who stood behind the counter asked her if she wished to

² Esta versión del texto está publicada en el sitio Web de la *Kate Chopin International Society*, y corresponde a la edición de *The Complete Works of Kate Chopin*, editada por Per Seyersted (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1969, 2006).

Literatura Norteamericana

examine their line of silk hosiery. She smiled, just as if she had been asked to inspect a tiara of diamonds with the ultimate view of purchasing it. But she went on feeling the soft, sheeny luxurious things—with both hands now, holding them up to see them glisten, and to feel them glide serpent-like through her fingers.

Two hectic blotches came suddenly into her pale cheeks. She looked up at the girl. “Do you think there are any eights-and-a-half among these?” There were any number of eights-and-a-half. In fact, there were more of that size than any other. Here was a light-blue pair; there were some lavender, some all black and various shades of tan and gray. Mrs. Sommers selected a black pair and looked at them very long and closely. She pretended to be examining their texture, which the clerk assured her was excellent.

“A dollar and ninety-eight cents,” she mused aloud. “Well, I’ll take this pair.” She handed the girl a five-dollar bill and waited for her change and for her parcel. What a very small parcel it was! It seemed lost in the depths of her shabby old shopping-bag.

Mrs. Sommers after that did not move in the direction of the bargain counter. She took the elevator, which carried her to an upper floor into the region of the ladies’ waiting-rooms. Here, in a retired corner, she exchanged her cotton stockings for the new silk ones which she had just bought. She was not going through any acute mental process or reasoning with herself, nor was she striving to explain to her satisfaction the motive of her action. She was not thinking at all. She seemed for the time to be taking a rest from that laborious and fatiguing function and to have abandoned herself to some mechanical impulse that directed her actions and freed her of responsibility.

How good was the touch of the raw silk to her flesh! She felt like lying back in the cushioned chair and reveling for a while in the luxury of it. She did for a little while. Then she replaced her shoes, rolled the cotton stockings together and thrust them into her bag. After doing this she crossed straight over to the shoe department and took her seat to be fitted.

She was fastidious. The clerk could not make her out; he could not reconcile her shoes with her stockings, and she was not too easily pleased. She held back her skirts and turned her feet one way and her head another way as she glanced down at the polished, pointed-tipped boots. Her foot and ankle looked very pretty. She could not realize that they belonged to her and were a part of herself. She wanted an excellent and stylish fit, she told the young fellow who served her, and she did not mind the difference of a dollar or two more in the price so long as she got what she desired.

It was a long time since Mrs. Sommers had been fitted with gloves. On rare occasions when she had bought a pair they were always “bargains,” so cheap that it would have been preposterous and unreasonable to have expected them to be fitted to the hand. Now she rested her elbow on the cushion of the glove counter, and a pretty, pleasant young creature, delicate and deft of touch, drew a long-wristed “kid” over Mrs. Sommers’ hand. She smoothed it down over the wrist and buttoned it neatly, and both lost themselves for a second or two in admiring contemplation of the little symmetrical gloved hand. But there were other places where money might be spent.

There were books and magazines piled up in the window of a stall a few paces down the street. Mrs. Sommers bought two high-priced magazines such as she had been accustomed to read in the days when she had been accustomed to other pleasant things. She carried them without wrapping. As well as she could she lifted her skirts at the crossings. Her stockings and boots and well fitting gloves had worked marvels in her bearing—had given her a feeling of assurance, a sense of belonging to the well-dressed multitude.

She was very hungry. Another time she would have stilled the cravings for food until reaching her own home, where she would have brewed herself a cup of tea and taken a snack of

Literatura Norteamericana

anything that was available. But the impulse that was guiding her would not suffer her to entertain any such thought.

There was a restaurant at the corner. She had never entered its doors; from the outside she had sometimes caught glimpses of spotless damask and shining crystal, and soft-stepping waiters serving people of fashion.

When she entered her appearance created no surprise, no consternation, as she had half feared it might. She seated herself at a small table alone, and an attentive waiter at once approached to take her order. She did not want a profusion; she craved a nice and tasty bite—a half dozen blue-points, a plump chop with cress, a something sweet—a *crème-frappée*, for instance; a glass of Rhine wine, and after all a small cup of black coffee.

While waiting to be served she removed her gloves very leisurely and laid them beside her. Then she picked up a magazine and glanced through it, cutting the pages with a blunt edge of her knife. It was all very agreeable. The damask was even more spotless than it had seemed through the window, and the crystal more sparkling. There were quiet ladies and gentlemen, who did not notice her, lunching at the small tables like her own. A soft, pleasing strain of music could be heard, and a gentle breeze was blowing through the window. She tasted a bite, and she read a word or two, and she sipped the amber wine and wiggled her toes in the silk stockings. The price of it made no difference. She counted the money out to the waiter and left an extra coin on his tray, whereupon he bowed before her as before a princess of royal blood.

There was still money in her purse, and her next temptation presented itself in the shape of a matinée poster.

It was a little later when she entered the theatre, the play had begun and the house seemed to her to be packed. But there were vacant seats here and there, and into one of them she was ushered, between brilliantly dressed women who had gone there to kill time and eat candy and display their gaudy attire. There were many others who were there solely for the play and acting. It is safe to say there was no one present who bore quite the attitude which Mrs. Sommers did to her surroundings. She gathered in the whole—stage and players and people in one wide impression, and absorbed it and enjoyed it. She laughed at the comedy and wept—she and the gaudy woman next to her wept over the tragedy. And they talked a little together over it. And the gaudy woman wiped her eyes and sniffled on a tiny square of filmy, perfumed lace and passed little Mrs. Sommers her box of candy.

The play was over, the music ceased, the crowd filed out. It was like a dream ended. People scattered in all directions. Mrs. Sommers went to the corner and waited for the cable car.

A man with keen eyes, who sat opposite to her, seemed to like the study of her small, pale face. It puzzled him to decipher what he saw there. In truth, he saw nothing—unless he were wizard enough to detect a poignant wish, a powerful longing that the cable car would never stop anywhere, but go on and on with her forever.